

# NAPOLES EN SU HISTORIA Y EN LA ACTUALIDAD

Por  
Carmen Llorca

Hablar de Nápoles constituye siempre un atractivo por la fascinación del sur, ese Mezzogiorno italiano muchas veces criticado en cuanto a la situación social, pero siempre alabado en el orden artístico y turístico. Sin embargo, en este último aspecto, el turismo no se ha circunscrito al sur, sino que se ha dedicado y extendido en zonas como la Toscana, la costa Liguria, las mismas islas de Elba y de Cerdeña y todas las provincias del Norte de Italia, sin dejar de referirnos a la fascinación, hoy un tanto decadente, que ha ofrecido Venecia a lo largo de varios siglos.

Todas las regiones de Italia cuentan con ciudades como éstas que, por haber sido en algún momento de su historia capitales de pequeños estados, carecen de lo que podríamos definir como espíritu provinciano, para conservar una elegancia, un estilo y un carácter eminentemente cortesano y selecto. Venecia, Milán, Turín, Florencia, Génova, Roma, Nápoles, Palermo, capitales hoy de provincias, han sido en otro tiempo centros de reinos, de estados o de ducados. Todas ellas han tenido un atractivo, un hechizo y una nota de internacionalidad. Nada tiene de particular que al sólo anuncio de que una ciudad como Venecia se encuentra en trance de sucumbir, se haya producido ese fenómeno de confraternidad internacional en el que todo el mundo ha aportado su colaboración económica para salvar la bella ciudad del Adriático. Se han conseguido 250.000 millones de liras para Venecia y la respuesta de este llamamiento ha sido de tal naturaleza en todo el mundo, que muchos escritores no han dudado en definir esta operación como la I Internacional de la Cultura, por oposición a aquellas otras Internacionales de la política, en las que la respuesta nunca fue ni tan espontánea ni tan amplia. Esta es Italia y este es el fenómeno de su atractivo en el mundo, por el que incluso aquéllos que no la conocen están dispuestos a contribuir para su salvación.

La configuración geográfica de Italia nos la hace ver, contemplada sobre un mapa, como una bota que se calza Europa; pero si realmente contemplamos mejor este dibujo geográfico, observaremos que en realidad es Italia la que se mete a Europa en la bota, porque la parte superior de la misma forma un arco que se adentra en el mismo corazón de centro-europa y se roza con países tan históricos como Francia, Suiza, Austria, Yugoslavia. Pero frente a esta europeidad de Italia, a la internacionalización de sus problemas y a la universalidad de su cultura, existe esa zona que he apuntado anteriormente, el Mezzogiorno, en la cual una de sus capitales, Nápoles, tiene atractivos peculiares a la par que ha tenido una influencia decisiva en el país.

Hay una Nápoles pagana, que responde a una tradición histórica y geográfica, y una Nápoles desorbitada y caracterizada por un folklore mal interpretado. Quisiera dar su verdadero valor a la imagen que de esta ciudad ha ofrecido la canción «O sole mio», la pizza, los macarrones y el bullicio de sus calles —circunstancias todas ellas accidentales, pero no definitorias—, y detenerme en la grandeza de este mundo pagano, cuya resonancia comienza a resultar incomprendida en el desquiciado y violento mundo actual que no sabe penetrar en los secretos de la Antigüedad, aunque fundamentalmente el moderno hechizo del sur, que se debate entre el mito y la leyenda, viene a ser en cierto modo la versión turística de un mundo pagano, de un mundo sumamente sereno que descubrió las leyes de la armonía, la claridad y la belleza y que tiene su sede en toda esta vertiente del Mediterráneo.

Paul Valery confesaba: «El Mediterráneo, desde mi infancia, está siempre en mí, sea en los ojos, sea en el espíritu».

En el comienzo de toda admiración de la naturaleza está el paisaje, objetivo inmediato que puede abarcar con su mirada el ser humano. Que esta capacidad de la sensibilidad pueda resultar también interpretativa de lo que un paisaje puede «querer decir» y significar, es algo reservado a algunos espíritus sensibles. Teófilo Gautier ya decía, sintiendo que formaba parte de ese gremio de selección: «Yo soy un hombre para el que el mundo exterior existe».

La gran escuela donde se puede adquirir el conocimiento más completo de lo que es el universo de las formas está situada en el Mediterráneo, y, concretamente en Italia, se puede añadir a esta enseñanza la del estudio del color.

He aquí, pues, que la forma y el color atraen a este país a los artistas, escritores, arqueólogos y a todo espectador atento a estas curiosidades. Italia ofrece un panorama geográfico por las aportaciones de distintos pueblos y civilizaciones que han dado al paisaje italiano esta presencia, esta humanización; allí el paisaje se ha historizado. El hombre le ha conferido una cierta forma y artisticidad que se ha unido a la acción creadora de la naturaleza. Italia era llamada «el jardín de Europa», y este jardín comenzó a ser descubierto en el siglo XVIII por Rousseau, Goethe, Byron y Manzoni, quienes parecían centrar sus predilecciones en el paisaje montañoso de los Alpes, por su carácter romántico, sus nieves, sus nieblas y sus brumas y también su fríos, para después decrecer esta particular inclinación hacia el norte y dejarse arrastrar por el atractivo del sol. Pero este sur, concretamente Nápoles, tenía ya una larga historia de predilecciones.

Desde los tiempos antiguos se considera que Nápoles fue fundada por los griegos, por colonos procedentes de la vecina Cuma, y la presencia de este elemento étnico y cultural griego ha llegado hasta la actualidad. Recientemente se ha lanzado la voz de alerta sobre el peligro que corre la desaparición de las últimas comunidades griegas en el alto curso del Amendolea, en el Aspromonte, donde la antigua comunidad de los griegos de la Calabria conserva una lengua que se ha mantenido intacta desde la época de la Magna Grecia hasta hoy. En el Renacimiento se hablaba griego en toda la Calabria y después se fue perdiendo hasta que solamente unos cuantos millares de hombres pobres, dentro del citado valle del Aspromonte, han conservado una lengua que refleja palabra por palabra, imagen por imagen, acento por acento, la dinámica complejidad de la cultura griega. Así de profunda y de intensa fue la presencia de los griegos en Nápoles y en esta ilustre capital de la Campania. Los griegos llamaron a la ciudad de Nápoles, Parthénope, nombre que se ha conservado en la poesía y se ha usado en la política, cuando en los tiempos revolucionarios del liberalismo fue fundada la República Parthenopea, de fugaz y transitoria existencia.

Los romanos comenzaron en el año 340 a. de J. a poner pie en las tierras de Campania y conquistaron la ciudad de Nápoles, si bien reservaron una serie de prerrogativas para aquella comunidad griega entonces establecida. Fue incorporada al imperio en la época de Augusto y continuó entonces la inclinación de los romanos a establecer sus

residencias en la costa y en el interior de las tierras de la Campania. La predilección de los emperadores por Nápoles hizo que se construyeran muchas villas en las orillas del mar. Desde Campania a Etruria, el litoral estuvo sembrado de villas. Entre éstas las más importantes fueron las de Vedio Polione (en el Posílipo) y la de Lúculo (Castel del Ovo).

Seguramente los romanos no tenían el sentido heroico de la naturaleza; amaban el campo, pero el campo sereno que ofrecía un reposo al alma y al cuerpo, una serenidad distensiva en la que podían encontrar la tranquilidad perdida en las grandes urbes, en la agitada vida de la capital del Imperio. La villa se convirtió en un lugar de descanso y en símbolo de poder. Los romanos iban a sus villas para descansar, pero también para escapar a sesiones del senado y votaciones en la que no querían participar. No cazaban; se bañaban, recitaban, hacían juegos, etc. Era el reposo del guerrero y el retiro del político. Tenían un amor al campo entre sentimental y utilitario. No preferían la alta montaña, ni los horizontes demasiado vastos en los que «la mirada y el alma se pierden», según Leopardi, sino la armonía. Una excepción en esta serenidad, es la villa Iovis de Tiberio en Capri, pero este emperador buscaba el aislamiento como una curación a sus tormentos, muriendo en la villa Cayo Mario, adquirido por Lúculo en el promontorio Miseno, en el año 37.

Lúculo se gastaba todo el dinero en la construcción de villas. Y en Nápoles, uno de sus lugares preferidos, excavaba grutas en las montañas, llevaba el agua del mar a los lagos artificiales que se construían en el interior. Horacio decía, al ver el aspecto de la costa, que «hasta los peces sentían restringido su espacio en el mar». Cuando alguien reprochó a Lúculo la construcción de una de estas villas, sólo para pasar el verano, contestó: «¿Me crees acaso menos inteligente que las grullas y las cigüeñas, para no cambiar de residencia con el cambio de las estaciones?».

Marco Crasso, el hombre más rico en la Roma de su tiempo, hizo a la vestal Licinia, una corte escandalosa con ánimo de desprestigiarla y poderle comprar su espléndida villa a bajo precio.

Cicerón, que tenía su villa sobre el lago Luarino, llamada Accademia y Cumanun, se dirigía al mar en litera, cerca de Gaeta, y fue asesinado en este gran escenario natural de la Campania.

Otra villa fue la de los Antoninos; y así una larga lista de residencias que revelan una predilección.

Sobre la región flégreo y sobre todo el litoral que se asoma a la bahía desde Pozzuoli hasta el cabo Miseno fue la zona predilecta de los romanos. El Puteoli era el primer puerto de Italia, hasta que fue construido el de Ostia y estaba enlazado directamente con Roma a través de la Vía Domitiana. Su tráfico explica la importancia y la excepcional riqueza de los monumentos que embellecieron sus playas. Entre Baiae, Bacoli, Miseno y Lucrin se encontraban las villas del Emperador Vespasiano, la de Pisón y la de Pompeyo Magno, la de Licinio Craso, la de Julio César transformada por Nerón en el Palacio de los Césares.

Justamente en la época de Nerón, Baiae —al Norte de Nápoles— era una ciudad impresionante, si bien ahora está sumergida por las aguas por lo que se la denomina la «Pompeya submarina». Cuando las aguas de la bahía Pozzuoli están limpias es posible contemplar desde el aire y a través de las aguas el trazado de las calles de la antigua ciudad, que se extienden varios kilómetros bajo las olas. Hanns-Nalf Rackl al hablar de las ciudades sumergidas, dice de Baiae: «Imagínemos las villas de Hollywood, los casinos de Las Vegas, y la Vía Veneto romana, trasplantados a Niza; añadámosle todavía Montmartre y ni aún así llegaríamos al esplendor con que las numerosas fiestas de los emperadores romanos ornaban Baiae». Hoy no es más que un mundo sumergido bajo el silencio del mar.

Si esto fue Nápoles en sus orígenes históricos, digamos algo de sus orígenes geológicos. Alguien ha definido a Italia como el producto de una emoción sísmica, y tal vez sea en Nápoles donde este capricho de la geología alcanza su mayor esplendor. Allí están los campos flégreos, la gruta del perro, el Vesubio, Pompeya, Herculano, las arenas negras de las playas de Sorrento que revelan sus orígenes y procedencia. Es decir, todo un conjunto de bellezas colocadas en un escenario geográfico, en el que el clima y la dulzura del ambiente hacen que la vegetación más espléndida florezca sobre estas tierras cálidas. De esta cualidad posiblemente ningún pueblo como los griegos y los romanos sacaron tanto partido hasta valorar estas bellezas y concederles una importancia eterna.

Después de los griegos y romanos, Nápoles pasó por una influen-

cia bizantina y por una presencia normanda, hasta que las vicisitudes de la historia la convirtieron en la residencia de la dinastía de los Anjou, quienes trasladaron la capital desde Palermo a Nápoles, y el país que fue originariamente Reino de Sicilia fue denominado Reino de Nápoles, para aceptar, impuesta por el Congreso de Viena en 1815, la denominación de Reino de las dos Sicilias. Esta incongruencia tiene una patente histórica que hay que aceptar.

Por lo que a España se refiere, Alfonso V de Aragón estuvo tan enamorado de Nápoles, que allí pasó gran parte de su vida, y es curioso cómo, en este orden de vinculaciones, puede decirse que ya dentro de la Edad Moderna, y a partir del comienzo de la Contemporánea, dos reyes que habían empezado a serlo en Nápoles pasaron después, con sus experiencias de gobernantes, a ser reyes de España: de un lado Carlos III, y de otro, José I Bonaparte. Con Carlos III, que construye en Nápoles el palacio real de Portici, se extiende una carretera que va desde Nápoles a Sorrento; esta vía Borbónica, llena de magníficas villas entre el mar y el Vesubio, constituyó para la capital de la Campania uno de los momentos de mayor esplendor. Y a Carlos III se le debe Capodimonte y Caserta. Después, siempre en la época borbónica, se construye en el Vómero, por Fernando I, la Floridiana, que regaló a su favorita, la duquesa de Florida, posteriormente su esposa morganática. Leopardi también tuvo aquí su villa, llamada «della Ginestre».

Y justo es decir que esta escuela en el arte de gobernar y despertar el sentido de la urbanística y de la belleza, que fue para estos dos reyes la ciudad de Nápoles, constituyó, indiscutiblemente, una enseñanza, porque a decir verdad —especialmente por lo que a Carlos III se refiere—, hay que catalogar a estos dos reyes entre los mejores que tuvo España, prescindiendo naturalmente de enjuiciar las consecuencias históricas de la presencia de José I en España, cuya impopularidad, debida a las circunstancias del Imperio de Bonaparte, quedan fuera de todo juicio ocasional.

Pero a lo largo de los siglos, y tal vez enriquecida por toda una serie de presencias de otros pueblos que dejaron en Nápoles constancia de su vida, lo más importante en Nápoles sigue siendo el paisaje geográfico y el humano. En este punto convendría anotar que todo escenario geográfico, en el cual los ingleses construyen sus residencias y los

alemanes un «belvedere», constituye algo fuera de serie. En Italia hay muchísimos paisajes donde esta confluencia de predilecciones se produce, y uno de estos lugares es Nápoles.

Fueron los viajes de los ingleses y de los alemanes quienes empezaron a descubrir, sentimentalmente hablando, la emoción del sur de Italia. Para ellos, el «país donde florece el limonero», tenía una cualidad que le presentaba como un jardín de reposo para las doloridas almas nórdicas. Cuando Ibsen abandonó su país, en un momento de desesperación política, y eligió Italia como lugar de reposo, sintió al traspasar los Alpes como una revelación de la naturaleza y se sorprendió de no haber descubierto este mundo antes, proclamando que quien vive en otro lugar es porque no conoce verdaderamente Italia.

Ibsen llega en 1864 al país donde florece el limonero, y uno de sus biógrafos, escribe: «El azul maravilloso del Adriático le deslumbra. De Trieste a Venecia, de Venecia a Roma, al igual que por un escenario de fábula, anduvo de hechizo en hechizo; comparados con los cielos pálidos, con las ciudades muertas, con los paisajes graves de Noruega, los cielos destellantes, las ciudades pintorescas, las campiñas lujuriantes de Italia le entusiasmaban. Habían cesado por largo tiempo las maledicciones, las envidias de campanario. Todos los pensamientos de desesperación se habían quedado entre la brumas flotantes por encima de los fiords helados de Noruega. Aquí eran el sol, la alegría y la belleza».

Si nos atenemos a los argumentos expresados por unos y otros, encontraremos una auténtica antología de referencia al paisaje de Italia, que dada la importancia de los personajes y la belleza de las páginas que escribieron sobre Nápoles, bien merece recordar. Fue el famoso Presidente De Brosses, quien en el año 1738, hizo y escribió su magnífico viaje por Italia, y al llegar a Nápoles describió así la ciudad pagana: «La Corte es suntuosa y numerosa; el pueblo y los equipajes están en tan prodigiosa afluencia que no temo decir que Nápoles, en proporción, está en este respecto por encima de París... A mi modo de ver, Nápoles es la única ciudad de Italia que da la impresión de una verdadera capital: el movimiento, la afluencia del pueblo, la abundancia y el tumulto continuo de los equipajes; una corte en forma y bastante brillante; el tren y el aire magnífico que tienen los grandes señores, todo contribuye a darle este exterior vivo y animado que tienen París y Londres y que no se encuentra, en modo alguno,

en Roma. El populacho es tumultuoso; la burguesía, vanidosa; la alta nobleza, factuosa, y la pequeña, ávida de grandes títulos, ha podido satisfacer sus ansias bajo el dominio de la Casa de Austria... La mujer de un comerciante no sale nunca de su casa en coche, sin que otro carruaje la escolte, en el cual ya comprenderéis que no va nadie, pero este siempre mete mucho ruido y marcha como la tempestad».

Es curioso resaltar cómo este parecido con París, que entonces pudo encontrar el Presidente De Brosses en la capital napolitana, nuevamente es utilizado recientemente por Guido Piovene en su «Viaje en Italia», en el que dice: «Ver Nápoles y después morir, es un dicho célebre, pero falso. No es cierto que la belleza de Nápoles sea extemporánea, improvisada. Se necesita haber percibido la cualidad única de las aguas de este golfo, no de color denso y cargado, como las de Sicilia, sino ligeras, diáfanas, casi irreales, en las cuales las naves parecen como suspendidas en el aire, y en las que parece haberse disuelto, incluso de día, un reflejo de luna. Es necesario haberlo contemplado con luces y días diferentes, ya que el golfo de Nápoles cambia de color y de ánimo; y es especialmente hermoso en los días seminublados y ventosos, en que adquiere inesperadas profundidades y multiplica las perspectivas, y en los crepúsculos, cuando las islas y los promontorios se convierten en cristal. Es preciso sacar a relucir la prospectiva más íntima de este paisaje, todo lo que tiene de antiguo y de mítico, como cuando, desde Marechiaro, el golfo liso punteado de espuma parece que esté a punto de revelar el nacimiento de algo prodigioso... Nápoles dispone el ánimo a una curiosidad, despierta, pero desinteresada, sobre el modo de vivir de los demás; se está absolutamente contento de vivir y de mirar».

Guido Piovene relata además, las maravillas de los habitantes napolitanos en su capacidad creadora, en su ingenio y en su incapacidad, para someterse a unas normas de disciplina en que el genio creador alcance tipo standard por medio de un molde que le permita conservar el secreto de las cosas alcanzadas. Piovene relata cómo en una calle de Nápoles oye decir a un hombre que lleva en sus manos una cesta de rosquillas la siguiente expresión, que revela la emoción de descubrir día a día el pequeño secreto de las cosas: «Come ho fatto a farle ¡Come ho fatto a farle!».

Después del Presidente De Brosse, es Goethe quien emprende su

viaje a Italia en 1786. Es la Italia prerisorgimental, y el gran poeta y escritor alemán, no puede menos de escribir ante la contemplación de esta ciudad mediterránea las siguientes palabras: «Perdono a todo aquél que pierde el juicio en Nápoles y me acuerdo con emoción de mi padre, que conservó una impresión indeleble, sobre todo de esos mismos objetos que yo hoy veía por primera vez. Y así como dicen que quien ve una aparición pierde ya para siempre la alegría, también podía decirse lo contrario de él, o sea, que nunca en su vida podía ser ya enteramente desgraciado puesto que siempre tenía a Nápoles en en pensamiento. Pero yo estoy ahora muy tranquilo, a mi modo, y no hago más que abrir, cuando la cosa es demasiado rara, unos ojos tamaños».

«Ayer pensaba: o fuiste un tonto antes o lo eres ahora».

«Un antiguo y mal situado monasterio», se le antoja Roma a Goethe en comparación con Nápoles.

«Cuando quiere escribir palabras, tengo siempre cuadros ante los ojos de la tierra feraz, del mar dilatado, de las fragantes islas, de la humeante montaña, y me faltan los medios de expresión para describir todo eso».

«Se ha cumplido lo que siempre me dije: que sólo en este país podría entender y desentrañar muchos fenómenos de la naturaleza y muchos embrollos de las opiniones». Así escribe Goethe.

No digamos nada de la presencia de Stendhal, ni de Edgar Allan Poe, ni la de tantos y tantos escritores que han ido a Italia porque parece el viaje obligado para todo artista, todo pensador. Pero en esta recopilación de opiniones no es posible dejar fuera la de Hipólito Taine, que en 1864 escribe sobre Nápoles: «Imposible describir este espectáculo. Lord Byron tiene razón: no se pueden poner a nivel las bellezas y el arte y las de la naturaleza. Un cuadro queda siempre por debajo, y un paisaje siempre por encima de la idea que haya podido formarse. Esto es hermoso, no sé decir otra cosa: esto es grande y ésto es encantador, agrada enteramente al corazón y a los sentidos; no hay nada más voluptuoso ni nada más noble. ¿Cómo molestarse en trabajar y en producir cuando se tiene ésto delante de los ojos?... No hay más que mirar y dejarse vivir; se tiene toda la alegría de la vida en una mirada... Me parece que asisto a la antigua vida griega, que comprendo la delicadeza de sus sentimientos, que la armonía de estas

formas sutiles y de estas tintas desvaídas bastarían a ocuparme siempre, que no necesito más colorido ni más esplendor. Oigo recitar los versos de Aristófanes, recuerdo su joven atleta, casto y bello, contento como el mayor placer, de pasearse con una corona sobre la cabeza por entre los álamos y la zarzaparrilla en flor, con un amigo prudente de su edad. Nápoles es una colonia griega, y cuanto más se mira mejor se comprende que el gusto y el espíritu de un pueblo toman la forma de su paisaje y de su clima... Este cielo, por sí sólo, es una fiesta».

Quiero recordar ahora la presencia de dos grandes personajes en Italia en el año 1876. Me refiero a Nietzsche y Wagner. Los dos coinciden en esta tierra de la Campania. Puede que para Nietzsche sea Nápoles, como había dicho anteriormente a uno de sus maestros, «la tierra en que todo vuelve a comenzar». Ahora bien, Nietzsche tenía sesenta y tres años cuando llega a Nápoles; entonces, ¿qué es lo que tiene que comenzar para él? Veámoslo. Nietzsche visita Génova y Sorrento. En esta ciudad es huésped de Malwida von Meysenbug, quien tenía el sentido del confort y el genio de la amistad. La señora Meysenbug alquila la villa Rubinacci para pasar el invierno cerca de los Wagner, que estaban en el hotel Victoria. La villa Rubinacci extiende sus terrazas sobre el golfo, la isla de Ischia, Nápoles y el Vesubio. Los tres habitantes de este pequeño Port-Royal alemán son Federico Nietzsche, el joven estudiante Albert Brenner y el judío Paul Rée. La mañana estaba consagrada al trabajo y a la meditación. La comida se hacía en común. Por la tarde se bañaban y paseaban durante tres horas, solos o juntos, según el humor.

Para Nietzsche, el contacto con el Sur tiene una alegría profunda, una inmensa esperanza, porque él ya no tenía bastantes fuerzas para enfrentarse con las exigencias del norte. El «otro», es decir, Wagner, el monstruo, con su capacidad creadora, sus fuerzas monstruosas, trabajaba no lejos de allí. Los dos se espían y se observan. Este duelo germánico tiene lugar en esa tierra de Nápoles. Allí, una tarde, realizan los dos juntos el último paseo de su vida. Contemplan el golfo, y a través de los pinos caminan hasta la cima de una colina desde la cual se extasían ante el panorama, y Wagner exclama: «Paisaje propicio a las despedidas». Y después habla de Parsifal. Hay arrepentimiento, análisis del héroe, pero Nietzsche guarda silencio. A un cierto punto Wagner le pregunta: «¡Vamos, amigo mío!, ¿es que no me dices nada?». Nietzsche sigue sin responder, pero después escribe en

su cuaderno de notas: «No soy capaz de admitir una grandeza que no es sincera consigo misma. Representar la comedia para uno mismo me disgusta...»

Los dos personajes han buscado el escenario para este acto insigne, un paisaje donde depositar el cadáver de su amistad.

Si desde la ciudad de Nápoles pasamos a las islas, indiscutiblemente ninguna de ellas ha alcanzado la popularidad de Capri. Se impone un recuerdo a Axel Munthe, el cual en sus «Cartas desde Nápoles» y en la «Historia de San Michele», escribe mucho sobre la vida y la muerte en esta ciudad dominada por una naturaleza exuberante, que crece y se deshace por medio de hecatombes, volcanes, pestes. Axel Munthe escribe: «En Nápoles la he visto matar —se refiere a la muerte— a más de mil personas diariamente ante mis propios ojos. En Mesina la vi sepultar, en un solo minuto, más de cien mil hombres, mujeres y niños, bajo las casas que se hundían... Sólo viéndola operar en tan vasta escala empecé a comprender algo de su táctica guerrera... La batalla entre la vida y la muerte está regulada en sus más mínimos detalles por una inmutable ley de equilibrio. Dondequiera que ese equilibrio se perturba por una causa accidental, ya sea peste, terremoto o guerra, la vigilante naturaleza se pone en seguida a trabajar para ajustar el balance, y llama a nuevos seres para ocupar el puesto de los caídos. Constreñidos por la irresistible fuerza de una ley natural, hombres y mujeres caen en brazos unos de otros, los ojos vendados por el deseo, sin darse cuenta de que es la muerte quien preside su unión con un afrodisíaco en una mano y un narcótico en la otra. Muerte, domadora de la Vida, destructora de la vida, principio y fin».

Grandes calamidades han hecho que esta ley sea particularmente importante en Nápoles.

El atractivo de los productos mediterráneos, que tienen indiscutiblemente una influencia extraordinaria en los habitantes del norte de Europa, a nosotros como españoles, con parecida o idéntica situación, no nos puede maravillar ni ver florecer el limonero ni ver los días de sol, pero sin embargo sí podemos sentir el atractivo de este mundo pagano, cuya civilización rozó de una manera superficial el paisaje español.

Por lo que respecta a los españoles, no me gustaría citar más que dos opiniones bien diversas la una de la otra, como respondiendo a dos

caracteres perfectamente diferenciados. Uno de ellos es Juan Valera, quien escribe en sus «Cartas desde Nápoles»: «No es posible describir ni pintar el hermoso aspecto de esta ciudad cuando se ve desde el mar. Es el paisaje más hermoso del mundo. Sus palacios, sus jardines, sus castillos se extienden por la orilla del mar, formando un ancho semicírculo, que por un lado termina en el Posílipo, coronado de verdura y de villas, con su caverna admirable, obra majestuosa de los romanos y honrada con las tumbas de Virgilio y de Sannazaro. Más al norte se ve el golfo de Baia y Pozzuoli, donde tenían sus casas de campo Lúculo y Cicerón. Al sur de Nápoles, el Vesubio, que tiene a sus pies los deliciosos lugarcillos de Pesti, Torre del Greco, Torre Annunziata y las ruinas de Pompeya y Herculano. Desde allí se extiende el promontorio meridional del golfo, jardín perpetuo y fértil, donde están situados, mirando a Nápoles, Castellamare, con sus lindos jardines, sus bosques y su palacio real, Vico y Sorrento, patria del Tasso. El golfo lo adornan y hermocean las tres principales islas de Ischia, Prócida y Capri».

Y el otro es Miguel de Unamuno, quien en sus «Divagaciones sobre Pompeya», escritas en 1889, dice: «La campiña de Nápoles vive henchida del espíritu virgiliano... Campos aquellos olorosos y verdes llenos de fronda que les defiende del saetero Apolo Febo, que se pasea triunfalmente en un cielo sin arrugas, sostenido en colinas recortadas.

«El sol tiñe el mar como con un rocío de oro y plata, que hace brillar el agua, y a lo lejos se bañan en ésta promontorios dibujados en el cielo. Respira con abandono la espléndida bahía de Nápoles y todo hace aspirar la femenina poesía de Virgilio».

«Labor delicada de los dioses parece la naturaleza, el paisaje, obra de arte, los pueblecitos mosaicos, esmaltes las montañas, camafeos las lejanías, mármoles el mar y el cielo, un velo sutilísimo la bruma que dulcifica la obra, ritmo cadencioso el canto del mar y los rumores de la tierra, y el aire aroma del ara de los antiguos sacrificios».

«Entran ganas de derretirse en el sol y diluirse en el aire, se pierde el espíritu en el ambiente y se disipa la intimidad del recogimiento».

Walte Scott dijo de Pompeya que era «la ciudad de la muerte», y Unamuno dice: «Yo no puedo representarme allí la muerte, ni evocar el horror de aquel día de la catástrofe».

«En donde el sol reina como soberano absoluto, parece que el

hombre no es nada, que allí todo queda absorbido en la luz y el calor santos, que allí los dolores deben de ser dolores agudos y pasajeros, dolores que matan, no dolores que atormentan. El mismo sol que da vida mata con sus flechas de oro, hiere y cura, lleva en la acerada punta de sus saetas el veneno y el cauterio».

«¿Quién piensa en la muerte como acostumbramos pensar en ella, como algo lóbrego, frío y oscuro, allí donde a las ruinas rodea una huerta frondísima y las contemplan con pagana serenidad el cielo purísimo y el mar que baña a los pies a Capri, a Castellamare y Sorrento?».

«Contemplando las ruinas de Pompella y frente a ellas, su verdugo que lanza bocanadas de aliento de la Madre Tierra, se siente que es la muerte un accidente de la vida, como en la desolada campiña romana, junto a las ruinas que se tienden al pie de los montes sabinos, se oye cantar a la cigarra la eternidad de la vida y lo vano de la gloria».

Llegamos al final de nuestra pequeña antología de belleza sobre Nápoles. Hoy ese Mediterráneo y esa ciudad que cuenta con esta historia tan profunda y tan llena de sentimiento y de alabanza, ha entrado en una peligrosa y lenta agonía. De un lado, la especulación urbana que amenaza hasta las mismas puertas del templo Paestum y la costa amalfitana. De otro lado, la subversión social en ese deseo de incorporar a los hombres a un proceso de urbanización y de industrialización que pone en peligro la vida agrícola con la desaparición de esos pequeños reductos, como apuntábamos anteriormente, en que se ha conservado hasta hoy la lengua griega. No solamente industriales, sino poetas y hombres como Francisco Compagna, se han propuesto absorber el sur en ese sistema occidental de las ideas, la cultura y la industrialización. Hace poco se ha celebrado un congreso en Ischia para defender el Mar Mediterráneo que se encuentra en un peligro mayor, si se quiere aún, que las ciudades y la tierra. En ese congreso de una asociación que se denomina «Pacem in Maribus» y cuya presidencia la ostenta la hija del escritor Thomas Mann, Elizabeth —también otra familia de literatos a los que no les es ajena la predilección por Italia— han lanzado la voz de alerta para la defensa de este Mediterráneo tan cargado de historia como de belleza.

¿Qué será de todo este mundo? ¿Qué situación alcanzará en el futuro? Hay que pensar siempre que frente a todos los peligros de

devastación, el hombre tiene una reacción conservadora y que las bellezas de otro tiempo serán defendidas.

Por mi parte solamente quisiera recordar como punto final lo que Georges Mikes dice en su libro «Los italianos en su jugo». Mike se preguntaba ¿qué es la italomanía y cómo se contagia? El contagio puede ser producido por una tradición cultural de la que hemos ofrecido anteriormente una pequeña muestra. La fórmula para la curación de tal enfermedad la ofrecía Mikes al decir: «Por lo menos yo creía saber como se curaba: yendo a Italia».

## RESUME

CARMEN LLORCA: *Naples dans son Histoire et dans l'actualité.*

L'article fait une analyse de Naples dans sa situation géographique et dans le rôle qu'elle a eu à travers l'Histoire. Il commence par étudier ses origines grecques, la présence des romains à Naples et la conquête de la ville, pour se référer ensuite à l'établissement de la série d'importantes villas que les empereurs et autres personnages de l'Empire se sont construites autour de Naples. Il suit l'évolution du procès historique avec une référence aux dynasties d'Anjou et de la «Casa de Aragón», se référant spécialement aux règnes de Charles III et de Joseph Napoléon Bonaparte qui furent rois de Naples avant de l'être en Espagne.

Dans cet article on insiste spécialement sur l'importance de l'Italie par sa position méditerranéenne et par l'attrait qu'elle exerce sur les hommes du nord de l'Europe, spécialement écrivains qui viennent visiter ce pays attirés par son climat, le paysage et la fascination du Sud. On fait mention des avis de Ibsen, De Brosses, Goethe, Nietzsche, Hypolite Taine, Guido Piovene, Juan Valera, Unamuno, Axel Munthe. Chacune de ces références constitue une petite antologie des pensées sur le paysages et l'importance du monde païen dans cette région de la Campania. Il termine avec le mots de l'écrivain Mikes sur l'«italomanie» et le moyen de procéder à sa solution en continuant les voyages en Italie.

## SUMMARY

CARMEN LLORCA: *Naples through History and nowadays.*

The article makes an analysis of Naples describing its geographical situation and the role played through History. Starts with the study of its greek origins, the presence of the conquest of the city and afterwards referring to the establishment of a serie of important villas built by the emperors and other dignataries of the Empire around Naples. The evolution of the historical process continues with a reference to the dynasties of Anjou and the House of Aragon with the special mention to the Kingdoms of Charles the III rd and Joseph Napoleon Bonaparte who were kings of Naples before they rule Spain.

The said article underlines the importance of Spain on account of its mediterranean situation and its attraction for the men of northern Europe especially writers who visit that country attracted by the climate landscape and bewitohement of the south. A transcription is given of the judgments of Ibsen, De Brosses, Goethe, Nietzsche, Hipolito Taine, Guido Piovene, Juan Valera, Unamuno, Axel Munthe. Each one of these references is a small anthology of thoughts on the landscape and importance of the pagan world in this region of Campania. The article ends with the words of the writer Mikes on the «italomania» and the way to achive it going on with the travels to Italy.

## ZUSAMMENFASSUNG

CARMEN LLORCA: *Neapel in Geschichte und Gegenwart.*

Der Artikel berichtet über Neapel seine geographische Lage und die Rolle, die es im Laufe der Geschichte gespielt hat. Zuerst werden die griechischen Ursprünge beleuchtet, danach die Herrschaft der Römer und die Eroberung

der Stadt sowie die Gründung wichtiger Siedlungen, die von Kaisern und anderen berühmten Männern des Römischen Reiches in Neapel errichtet wurden. Weiter erfahren wir über die geschichtliche Entwicklung, wir hören über die Dynastien der Anjou und des Hauses von Aragón. Besonders erwähnt wird die Regierungszeit von Karl III und Joseph Napoleon Bonaparte, die ja Könige von Neapel waren, bevor sie in Spanien an die Macht kamen.

Der vorliegende Artikel betont besonders die bedeutende Rolle Italiens, die durch seine bevorzugte Lage am Mittelmeer und den Zauber, den es auf die Bewohner der nordischen Länder ausübte, bedingt wurde. Besonders Schriftsteller werden von seinem Klima, seiner Landschaft und seinem Zauber gefesselt. Erwähnt werden Ibsen, De Brosses, Goethe, Nietzsche, Hipólito Taine, Guido Piovene, Juan Valera, Unamuno, Axel Munthe. Jedes dieser Zitate ist eine kleine Anthologie über Gedanken, die uns etwas über die Landschaft und die wichtige Rolle der heidnischen Welt im Gebiet der Campania zu erzählen haben. Das Schlusswort hat der Schriftsteller Mikes, der sowohl über die «Italomanie» und die zur Lösung dieses Problems benötigten Schritte als auch über die Reisen nach Italien berichtet.